

## El Alma de Billy

por Helen Boyd

Desde que tenía memoria, la joroba siempre había estado ahí. Una vez le preguntó a su madre al respecto, pero ella simplemente lo abrazó y le dijo: "Tranquilo, hijo, mamá te quiere igual".

Por supuesto, Billy estaba contento de que su madre lo quisiera, pero deseaba encontrar a alguien que le contara todo sobre la joroba. Tenía muchísimas preguntas al respecto. «Tal vez», le susurraba a su pequeño terrier escocés, «tal vez los ángeles me dejaron caer cuando me traían aquí. ¿Qué piensas tú, Bobs?». Pero el pequeño terrier escocés solo movía la cola y parpadeaba perezosamente, como diciendo: «Es una pregunta demasiado grande para un perro tan pequeño», y así Billy descubrió que no podía obtener ninguna información al respecto.

Un día, mientras estaba sentado en el jardín en su pequeña silla de ruedas, se fijó en una rosa particularmente hermosa. Al inclinarse y acariciarla suavemente con sus delgados deditos,

murmuró soñadoramente: «Me pregunto si las flores tienen alma, igual que las personas».

"Claro que sí", se sorprendió al oír decir una voz, y aunque miró por todas partes, no vio a una sola persona.

—Aquí estoy —gorjeó la voz. Esta vez, Billy miró fijamente la rosa y se sorprendió al ver una pequeña y delicada hada asomándose entre sus pétalos.

—¿Por qué... por qué... quién eres? —jadeó Billy, con sus grandes ojos muy abiertos.

—Soy el alma de esta rosa —respondió el hada con una gracia etérea.

—¿Y todas las demás flores también tienen alma? —preguntó Billy, con expresión bastante desconcertada.

—Pues claro —dijo el hada enseguida—. Creía que todo el mundo lo sabía.

De repente, Billy recordó la joroba y, acercando un poco más su silla al hada, dijo con entusiasmo: "Oh, ¿crees que podrías contarme

sobre esto...?" Aquí el pequeño tragó saliva con dificultad, "¿esta joroba? ¿Por qué la tengo?"

Hubo un momento de silencio en el jardín, y entonces el hada dijo muy despacio y con voz imponente: "Todo tiene un propósito, ¿sabes?".

—Pero la verdad es que no lo quiero —insistió Billy—. Me parece una tontería tenerlo si no sirve para nada —prosiguió con una vocecita lastimera—, y además, no puedo jugar ni divertirme como los demás niños.

—No sé si podré hacer algo por ti —dijo el hada—. Sin embargo, convocaré una reunión de las hadas esta noche y lo hablaremos.

"¿Y les dirás que quiero ser heterosexual y fuerte como los demás chicos?", preguntó Billy con tono tenso.

El hada asintió con la cabeza y dijo: «Vuelve mañana por la tarde y te daré la respuesta». Entonces los pétalos de la rosa se cerraron y la pequeña criatura desapareció de la vista.

En ese preciso instante, unos visitantes entraron al jardín y, al ver a Billy, una de ellas,

una chica muy guapa, murmuró: "¡Qué horror!". No quería que Billy la oyera, pero él sí captó las palabras, y más tarde, cuando su madre fue a buscarlo, lo encontró hecho un manojo de nervios, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Pero si, Billy, hijo! —exclamó—. No debes llorar así. Mira, estás haciendo sentir mal a mamá.

"Pero... pero ella me miró así, madre."  
Entonces, entre sollozos, le contó su historia en sus brazos.

—Escucha, hijo —dijo su madre en voz baja—. Tu cuerpo es solo la casita en la que vives. Lo que de verdad importa es tu alma, que llevas dentro.

Entonces el rostro de Billy se aclaró al recordar al hada y, durante todo el camino a casa, siguió susurrando: "Mañana lo sabré, mañana lo sabré".

Esa noche, mientras su madre lo arropaba en la cama, se maravilló de la expresión feliz y serena en su rostro. Al inclinarse para besarlo, le preguntó con ternura: "¿Qué tiene a mi pequeño tan feliz esta noche?". Billy murmuró adormilado:

"Es un secreto, querida mamá... quizás... mañana", y su voz se desvaneció en el mundo de los sueños.

Al día siguiente estaba eufórico. Apenas podía esperar a que llegara la tarde, tan ansioso estaba por volver a ver al hada. Cuando su enfermera lo sentó en la silla de ruedas, notó sus mejillas enrojecidas y dijo con gran preocupación: «Espero, jovencito Billy, que no esté contagiándose de nada».

—Oh, estoy bien, enfermera —respondió Billy con los ojos brillantes—. Pero me gustaría que se diera prisa. Luego le dio instrucciones precisas sobre dónde quería que colocara su silla.

En cuanto la enfermera desapareció dentro de la casa, Billy gritó suavemente: "Estoy aquí, hada rosa", y al instante siguiente el rostro del hada asomó entre los pétalos.

—¿Qué dijeron? —preguntó Billy con entusiasmo.

—Shhh —susurró el hada—. La reina decidió celebrar una reunión aquí mismo, en el jardín, y ya viene.

Al alzar la vista, Billy vio un hada que bajaba por el sendero. Iba vestida con ropas brillantes que relucían al caminar. Se detuvo frente a la silla de Billy y le preguntó: "¿Eres tú el niño que quiere sanar y volverse fuerte?". Billy asintió, demasiado conmovido para hablar.

La reina agitó su varita sobre el jardín e inmediatamente aparecieron caritas asomando entre todas las flores.

—Escuchen, hadas —ordenó la Reina—. Aquí hay un niño que quiere ser recto y fuerte. Cuando las hadas comenzaron a hablar, ella alzó su varita y dijo: —¡Esperen! Dejaremos que hable por sí mismo. Billy se sentía bastante tímido al ser el centro de tanta atención, pero sabía que lo estaban esperando, así que comenzó: "Yo... yo quiero ser como los demás chicos para poder jugar a todos sus juegos. Además, si no tuviera joroba, la gente no me miraría y diría: '¡Qué horrible!'. Por favor, hadas", gritó Billy suplicando, "¡por favor, quítenme la joroba!".

Las hadas hablaron entre sí durante un buen rato y, aunque Billy escuchó con atención, no pudo entender ni una palabra de lo que decían.

Finalmente, se hizo el silencio y entonces la Reina habló: "Billy, me temo que no podremos quitarte la joroba, pero te ayudaremos a construir un alma tan hermosa que la gente te amará dondequiera que vayas, simplemente por ser tú mismo, y se olvidarán por completo de la joroba".

Por supuesto, Billy estaba decepcionado, profundamente decepcionado. Ocultó su rostro durante un tiempo porque sabía que estaba manchado de lágrimas, y le daba vergüenza que las hadas vieran que había estado llorando.

Acto seguido, la Reina de las Hadas continuó: «Y te daremos una imaginación tan maravillosa que podrás inventar juegos que otros niños jamás imaginarían. Y cuando quieras, podrás entrar en el "País de la Fantasía" y vivir allí las aventuras más increíbles. Verás, este país está destinado a niños como tú. La puerta está cerrada con llave para los niños rectos y fuertes».

De repente, Billy sintió una paz maravillosa que lo invadió y se puso muy, muy feliz. Al alzar la cabeza, descubrió que la Reina y todas las hadas habían desaparecido y que su nodriza venía a buscarlo.

—¡Pero, señor Billy! —exclamó ella asombrada—. ¡Usted... usted se ve diferente de alguna manera!

—Me siento diferente y soy diferente, querida enfermera —respondió Billy dulcemente mientras se recostaba en su silla—. Después de esto, seré el niño más feliz del mundo. En su rostro se dibujó una expresión extraña y dulce, propia de quienes han percibido la realidad de lo sagrado.